

sufrir la mas leve afrenta, los que para lavar la mas pequeña injuria quereis recurrir á los duelos condenados por la Iglesia, aprender de nuestro Divino Maestro Jesus que calla y sufre con la mayor paciencia el ser tratado como demente.

Jesus fué llevado segunda vez á la sala del pretorio con el mismo alboroto y cruel tratamiento que antes. Vosotros, dice Pilatos á la multitud, vosotros me habeis traído este hombre para que le sentencie, y yo no he encontrado cosa alguna para ello: Herodes, á quien le he enviado, tampoco ha hallado por qué condenarle, y eso que es judío y sabe vuestras leyes mejor que yo. Vosotros teneis costumbre de que se os suelte un reo en la Pascua. ¿A quién, pues, quereis que dé libertad, á este ó á Barrabás? Barrabás era un ladron muy famoso que estaba preso por grandes delitos, y nunca podia persuadirse Pilatos que los judíos diesen preferencia á un hombre tan vil, y así por este medio creyó poder libertar á Jesus. Mientras el pueblo resolvía sentóse Pilatos y tuvo entonces aviso de su mujer que le decia: Nada tienes tú con ese justo, porque he padecido hoy muchas cosas por causa de él. Los judíos y toda la crecida turba que en la plaza estaba pidieron á voz en grito la libertad de Barrabás. Cónfuso quedó Pilatos al oír pedir la libertad para un hombre cuyos delitos eran de todos conocidos. ¡Oh desdoro! ¡Oh confusion! ¡Aquel que es el espejo donde se miran los ángeles, comparado y pospuesto á un asesino! ¡El que es la virtud y la santidad por esencia puesto en parangon con tan gran peccador! ¡Y el mismo Jesucristo lo oye y sufre y calla por salvarnos! ¡Oh amor infinito cuánto te debe-

mos! ¡Oh amor inmenso cuántos bienes nos has dispensado!

Oyendo, pues, Pilatos la resolución del pueblo, les dijo: ¿y qué quereis que haga de Jesus que se llama Cristo? Dicen todos *Sea crucificado*. El presidente dirigiéndose á ellos de nuevo les pregunta: ¿pues qué mal ha hecho? Y ellos levantando mas la voz decian: *Que sea crucificado*. Viendo, pues, Pilatos que nada adelantaba, sino que por el contrario crecia mas el alboroto, tomando agua se lavó las manos delante del pueblo, diciendo, inocente soy yo de la sangre de este justo: allá os lo veais vosotros. Y respondiendo todo el pueblo dijo: Caiga su sangre sobre nosotros y nuestros hijos. ¡Imprecacion terrible! Su funesto efecto ha sido, es y será siempre bien visible. Esa nacion opulenta y favorecida de Dios en otro tiempo, llegó á ser el oprobio de todos los pueblos y aun todavía permanecen sus hijos entre las tinieblas de la muerte.

¿Queda pues, algun medio para libertar á Jesus del furor de sus implacables enemigos? Pilatos discurre á uno: medio cruel y que no habia de servir para otra cosa que para aumentar sus padecimientos y tormentos. Era costumbre antes de llevar los ajusticiados al suplicio, azotarles levemente, no tanto para atormentarlos, como por ignominia. Mandó, pues, el presidente que se efectuase con Jesus, pero de un modo el mas cruel, de suerte que presentado al pueblo, al verle hecho una viva llaga se compadeciesen de él y no pidiesen su muerte. Así se ejecutó en efecto, y seis robustos verdugos de tal modo se emplearon en la flagelacion, que tenian que remudarse con frecuencia por faltarles las fuerzas. Sin abrir los labios el



mansísimo Cordero, sufría este extraordinario tormento atado á una columna y desnudo á vista de tantos espectadores. ¡Oh mi Dios! ¡Oh Redentor amorosísimo! Ya os veo sin aspecto de hombre, como á través de los siglos os viera el profeta. Ya os veo cubierto de sangre de los piés á la cabeza. ¿Lo conocéis Eterno padre? ¿Es este vuestro Hijo en quien teneis vuestras complacencias? ¡Tanto amásteis Señor al hombre que dísteis á vuestro santísimo Hijo!

Concluido el cruel tormento de los azotes, los judíos tejieron una corona de penetrantes espinas, y pusieronla sobre su divina cabeza, y colocaron una caña en su diestra, é hincando la rodilla ante él, le escarnecian diciendo; salve rey de los judíos. Y escupiéndole tomaban la caña y golpeaban su cabeza.

¡Ah! hermanos míos, cuantas veces recuerdo este escarnio y burla de los judíos, cuando veo á muchos cristianos tibios é indiferentes que tienen á menos prestar pública adoracion á Jesucristo, que vienen á su templo con objetos profanos, y que al verle sacramentado hincan cuando mas una rodilla en tierra, no de otro modo que aquellos que le saludaban como rey de burlas. No, cristianos, no renovemos con nuestra indiferencia aquellas sacrílegas escenas de escarnio que tuvieron lugar en casa de Pilatos. No renovemos la afliccion de Jesus, y no perdamos de vista que ese Dios á quien vemos ahora tan humillado, ensangrentado y lleno de dolores, hecho el oprobio y el escarnio del deicida pueblo, vendrá un dia sobre las nubes del cielo con gran poder y magestad para juzgar al mundo: ¡é infelices entonces de aquellos que á imitacion de los judíos se burlaron de él y le escarnecieron, cerraron sus oídos á sus voces y le volvieron las espaldas!

En tan triste estado, azotado y coronado rey de burlas, con la caña en sus manos, asomaron al Señor al balcon, y dirigiéndose Pilatos al pueblo esclama esperando alguna compasion: *Ecce Homo*: ved aquí el hombre á quien teneis por enemigo: ved el que deciais que perturbaba el orden público: vedle tan humilde que nada teneis que temer de él. *Ecce Homo*: ha sido azotado cruelmente y ya no pedireis mas castigo. *Ecce Homo*. Empero lejos de compadecerse los judíos al ver al Señor cubierto de llagas y sangre, claman con mas furor que antes, *crucifige, crucifige eum*.

Ahora bien, hermanos míos: si la vista de Jesus azotado y coronado de espinas no fué suficiente á arrancar un sentimiento de compasion en los corazones judíos, ¿no nos hará á nosotros verter una lágrima de dolor? Ambicioso para quien todo el oro del mundo es poco á saciarte, que no tienes mas Dios que el interés, dirige una mirada al Redentor, *Ecce Homo*: mírale siendo él poderoso, como pobre y miserable, arrojando tantos trabajos por salvarte. Lascivo, que no encuentras otra gloria que esos placeres momentáneos que te pierden, *Ecce Homo*: mira á Jesucristo y aprende de él á no tener mas placer ni mas gloria que el sufrir y el padecer. Hombres soberbios, altivos, desobedientes á las leyes divinas y humanas, *Ecce Homo*: mirad al Monarca de los cielos y de la tierra en la actitud mas humilde, obediente hasta la muerte á las disposiciones de su Eterno Padre, y enseñándonos con su ejemplo.

Llenos de furor los judíos que habian conseguido la sentencia de aquel juez esclavizado á los caprichos del pueblo bárbaro, vistieron al Señor con sus propias vestiduras para que de todos sea conocido, pues solo



de este modo lo sería por lo desfigurado que estaba su semblante; sacan las cruces para el Señor y los dos ladrones que habían sido sentenciados, y poniéndole á Jesus la suya sobre los hombros, empieza el Divino Isaac á caminar hácia el Calvario, lugar destinado para la crucifixion, cargado con la leña que ha de servir para el sacrificio. Se oye el sonido de las roncadas trompetas que anuncian la ejecucion, la voz de los pregoneros, y las maldiciones y blasfemias de los que conducen al inocentísimo Jesus, que van gozando en hacerle sufrir. Ya le tiran de su hermosa barba, ya le escupen, ora le insultan, ora tiran de las sogas de su cuello para dejarle caer en tierra.

Empero ¡qué objeto descubro entre la confusion! ¡Qué mujer es aquella que con el cabello suelto, bañado su rostro en lágrimas, corre haciéndose paso por medio de la confusion, y exhalando lamentos y suspiros se va acercando á la inocente víctima! ¡Ay, hermanos míos! Jesus tiene una Madre, y tan Hijo es de ella en tiempo como del Padre *ab æterno*; y esa Madre que por espacio de nueve meses le tuvo en sus entrañas, esa Madre que le alimentó con el nectar suavísimo de sus pechos; esa Madre, compañera inseparable, con la cual huyó á Egipto... ¡esa Madre!... vedla, cristianos, es la mujer que llena de dolores corre presurosa á abrazar á Jesus en la calle de la Amargura.

¿Y tendré yo el valor suficiente para pintaros aquella escena desgarradora? ¿Podré yo hablar de lo que no se atrevieron á esplicar los evangelistas? ¡Ay, hermanos míos! María llega á juntarse con su Divino Hijo. ¡Encuentro triste y sin comparacion afflictivo! ¿Qué ha visto María, que así queda en suspenso sin poder articular palabra, y le parte el corazón de do-

lor? ¿Qué ha visto Jesus, que así palidece y que es un nuevo tormento para Él? ¡Ah! María ha visto á Jesus desfallecido, cubierto de sangre, agonizante bajo el peso enorme de la cruz. Jesus ha visto á María sumergida en un mar de aflicciones y de penas, y ambas lumbreras del cielo quedan eclipsadas y ambos corazones traspasados.

¿Por qué? ¡oh Madre de mi corazón! esclama el Salvador, por qué te has presentado en este sitio? ¿Por qué has venido con tu presencia á hacerme mas acerbos mis dolores? Retírate, Madre amante; es preciso que se cumplan las profecías, es necesario que yo muera por el hombre. María á su vez se dirige á su Hijo exclamando: ¡Oh Hijo de mis entrañas! ¡oh Hijo de mi vida! ¿Por qué quieres que yo me retire? ¿Por qué no quieres que presencie tu sacrificio? Déjame, pues yo también quiero padecer: partamos esa cruz y muera yo contigo, pues no podré resistir tantas penas, no podré sobrevivir á tu martirio. Tan grande y extraordinario fué, señores, el dolor de la Santísima Virgen al ver á su Hijo con la cruz áuestas, que en sentir de San Bernardino de Sena, todos los dolores del mundo y cuanto han sufrido y sufrirán las criaturas todas, si fuese posible reunirlos en el corazón de María, no llegaría ni con mucho al dolor que sufrió en este triste encuentro (1).

De este modo y en tan tristes coloquios, aquí caigo, allí levanto, llega Jesus al lugar del sacrificio. Sin compasion alguna y con la mayor precipitacion quitan sus vestiduras al Salvador del mundo, tienden la cruz sobre la tierra, y sobre ella aquella sacrosanta

(1) Omnes dolores mundi si essent simul conjuncti, non essent tanti quantus dolor Beatæ Mariæ. S. Bern. Sen. Tom. III, Serm. 15.



humanidad, á Jesucristo vida de nuestras almas, y con la mayor fiereza le cosen con duros clavos á aquel leño. Cada golpe del martillo dá fuertemente en el corazon de María, que tiene valor de presenciar aquella sangrienta escena. Levantan la cruz en alto luego de crucificado el Salvador, y la dejan caer en el agujero de la peña, golpe con el cual se renovaron todas las llagas. A los lados de Jesus crucificaron los dos ladrones, dejando al Señor en medio como si fuera el mas famoso de los malhechores. Allí mismo en el árbol de la cruz quiere hacer ostentacion de su misericordia, y perdona á Dimas el buen ladrón, que reconoce y declara la inocencia del Nazareno.

¿Pero qué es esto, hermanos míos? El sol se oscurece, la tierra sufre un espantoso terremoto, los muertos salen de sus sepulcros, el velo del templo se rasga de arriba abajo, chocan unas con otras las piedras... ¿Qué es esto? ¿Qué significa este trastorno de la naturaleza? ¡Ah! ¿Qué ha de significar?... ¡Que Jesus ha espirado!... Sí, cristianos, murió Jesus; murió el Divino Hijo del Eterno Padre, que por nosotros los hombres y por nuestra salud descendió del cielo.

Vedle aquí, hermanos míos (1). Estas manos sacrosantas que formaran el cielo y la tierra, y estos piés que anduvieran siempre buscando á los pecadores para darles consejos saludables y dirigirles á la felicidad, vedlos atravesados con duros clavos. Estos labios por los cuales salieran palabras de vida eterna, están cárdenos y sin vida, y esta cabeza divina, residencia de la sabiduría del Omnipotente, inclinada sobre el pecho. ¿Qué mas ha podido hacer el Señor

(1) Se toma el Crucifijo.

por nosotros? Tanto nos ha amado, que se ha entregado por nuestra salud. *Dilexit me, et tradidit semetipsum pro me.* No seamos, pues, ingratos á tantos y tan extraordinarios beneficios, al beneficio estrordinario de la redencion, y si hasta aquí hemos sido hijos rebeldes de Jesucristo, procuremos en adelante tener presente sus padecimientos, sus tormentos, y su muerte, y esta memoria nos hará cobrar un aborrecimiento grande al pecado y un amor extraordinario á la pasion y muerte de nuestro Salvador: y en testimonio de que asi lo haremos, y en prueba de nuestra gratitud y arrepentimiento, digamos ahora de lo íntimo de nuestros corazones: Señor mio Jesucristo, etc., etc.